

# Tras el toque de queda

Luis García Jambrina

Emilia y su hermano Alberto tan sólo se veían a la hora de la cena, después del toque de queda. No lo hacían por gusto ni por obligación, sino por complacer a su madre, que, desde el comienzo de la guerra, no se encontraba bien de salud. Alberto era el responsable de una brigada de investigación que tenía como misión descubrir y detener a los quintacolumnistas que aún permanecían en Madrid. Su trabajo como impresor y su antigua militancia lo habían convertido, en poco tiempo, en una pieza importante del partido. Emilia, sin embargo, seguía haciendo la calle, que era, según su hermano, lo único que sabía hacer. Aunque procuraban mantener las apariencias delante de la madre, para no darle un disgusto, no podían evitar pelearse cuando ella se retiraba a la cocina para fregar los cacharros.

– Pero ¿es que no te da vergüenza seguir con eso? –le reprochaba invariablemente Alberto.

– ¿Vergüenza de qué? –se defendía ella– ¿de no tener marido? ¿de haber perdido a mi padre? ¿de que algunos días mi madre no tenga nada para comer?

– Cuando acabe la guerra, se te va a acabar el chollo –le advertía él–. Tendrás que trabajar, como todos. En la nueva República Socialista, no habrá sitio para las putas ni para los chulos ni para los pervertidos con los que te acuestas.

Para entonces, Emilia ya no replicaba; se quedaba absorta, con la mirada perdida, jugando con las pequeñas migas de pan que

habían caído sobre el mantel, como hacía desde que era niña. Primero, formaba un montoncito que recordaba la boca de un hormiguero, como si con ello quisiera expresar su voluntad de no volver a pasar hambre durante el resto de su vida. Después, lo destruía todo con un dedo y disponía las migas una detrás de otra, como si fuera un camino a alguna parte, lejos de allí.

– Al menos –insistía él, irritado–, podías disimular un poco, aparentar algo de decencia.

– Me parece mentira que seas tú, un militante comunista, el que me pida que me comporte como una hipócrita.

– ¡Me das asco! –le escupía entonces Alberto.

– Y tú me das mucha pena.

La llegada de la madre, con dos tazas humeantes de café mezclado con achicoria, ponía fin a la discusión. Alberto bebía la suya de un trago, quemándose los labios y la lengua, para marcharse de nuevo a la calle. Media hora después, salía ella. Hacía mucho tiempo que había perdido el miedo a las bombas y a los posibles ataques y agresiones. A su padre, lo había matado un obús en los primeros días del asedio, cuando había salido a regar los tiestos en uno de los balcones de la casa. Y eso, en lugar de amedrentarla, la había vuelto temeraria, como si con la desgracia de su padre ella hubiera quedado inmunizada contra la muerte.

Sus clientes, desde luego, sabían muy bien dónde y a qué hora encontrarla. Al principio, le había llamado la atención que el deseo o la necesidad fueran tan fuertes como para llevarles a arriesgar el pellejo. A la sífilis y la gonorrea, habían venido a sumarse nuevos riesgos, algunos de ellos peligros manifiestos. De hecho, salir a la calle, tras el toque de queda, era como jugar a la ruleta rusa. Pero, al parecer, la vida debía continuar y el deseo sabía cómo abrirse paso aun en las peores circunstancias. Incluso, había llegado a pensar que la proximidad de la muerte los excitaba e incrementaba su apetito sexual.

No hacía mucho, había leído en un boletín que los anarquistas habían proclamado el amor libre y el cierre de los burdeles, considerados como lugares de explotación de la mujer dentro del orden burgués. Sin embargo, había muchas prostitutas en los

hoteles donde se hospedaban los corresponsales de prensa extranjeros; las jovencitas de la brigada del placer, las llamaban. Su hermano, por su parte, le había comentado que algunos depravados se habían hecho anarquistas sólo para acostarse con las jóvenes milicianas, y que eso había causado más bajas en la FAI y la CNT que las bombas de Franco. No obstante, algunos preferían seguir pagando. Sus tarifas, eso sí, habían variado. Por lo general, Emilia cobraba ahora en especie: un kilo de lentejas o de alubias, cien gramos de café, un bote de leche condensada y, en el mejor de los casos, media docena de huevos. En su mayor parte, sus clientes seguían siendo respetables padres de familia o solteros recalci-trantes que aún vivían con sus madres. Algunos eran asiduos de Emilia desde hacía varios años; otros habían comenzado a frecuentarla durante la guerra. Y hasta se daba el caso de un padre que la había traspasado a su hijo; según le confesó, no quería que su muchacho muriera en un bombardeo sin haberse acostado con una mujer.

Esa noche, mientras caminaba, Emilia no era capaz de quitarse a su hermano de la cabeza. No es que hubiera ocurrido nada nuevo o extraordinario. Pero notaba que cada vez estaba de peor humor, más huraño, más agresivo, más triste, como si se estuviera pudriendo por dentro. Hacía apenas unos días, movida por un impulso irrefrenable, lo había seguido por la calle sin que él se diera cuenta. A seis o siete manzanas de su casa, lo aguardaban unos milicianos en un camión. Desde lejos, vio cómo lo saludaban con respeto y le hacían sitio en la cabina, antes de arrancar.

Por fortuna, no fueron muy lejos. De vez en cuando, paraban y entraban en una casa. Alberto los esperaba siempre fuera, fumando un cigarrillo o consultando con atención unos papeles a la luz de una linterna. Al rato, salía la patrulla con un detenido. Su hermano entonces le enfocaba la cara con la linterna y le preguntaba algo. Si el hombre no contestaba o no lo hacía de forma conveniente, le golpeaba en el rostro o en el vientre con la culata de su arma; después, mandaba que lo subieran al camión. En poco más de dos horas, hicieron cerca de veinte detenciones. Cuando el camión se llenó, se los llevaron a alguna parte, probablemente a la checa de la calle de Fomento, que era donde su hermano tenía su puesto.

Una vez en casa, Emilia no pudo dormir. Pasó el resto de la noche cavilando sobre lo que había visto y sobre lo que todavía le quedaría por ver. A primera hora de la mañana, oyó llegar a su hermano, que se fue directamente a la cama. Ella sabía que, para coger el sueño, se ayudaba de una garrafa de aguardiente que tenía siempre junto a la mesilla. No tardó en oírlo roncar. Con gran sigilo, se levantó, entró en su habitación y le registró los pantalones y la zamarra de cuero, hasta encontrar lo que buscaba. Entre los papeles de su hermano, había uno que le llamó la atención. Era una larga lista de nombres, la mayor parte tachados con un aspa, seguidos de una o varias direcciones y de unos signos que no fue capaz de descifrar. Al final, había algunos nombres que no tenían domicilio conocido. Uno de ellos estaba rodeado por un gran círculo rojo.

Desde entonces, no había dejado de pensar ni un solo momento en su hermano. Sentía por él una mezcla de odio y ternura, de compasión y rechazo. Sabía, naturalmente, que no era un monstruo ni un sádico ni un verdugo sin escrúpulos, pero ignoraba hasta dónde podrían arrastrarlo las circunstancias, su fanatismo o su deseo de venganza. En cualquier caso, habría sido mejor, para él, que lo hubieran destinado al campo de batalla que tener que hacer ese trabajo sucio en la retaguardia. Si de algo estaba segura es de que no cejaría hasta completar la tarea que le habían encomendado. No en vano ella era tan concienzuda y obstinada como él.

Eran casi las once, cuando Emilia llegó al sitio convenido con sus clientes, una casa bombardeada al final de la calle de San Bernardo. Para algunos, aquel era simplemente un lugar de encuentro, ya que preferían llevarla a su casa o a una pensión de confianza. Pero la mayoría querían hacerlo allí, entre las ruinas y cascotes, como una forma de afirmar que seguían vivos entre tanta miseria y destrucción. Aunque la mayor parte de las viviendas estaban totalmente destruidas y la fachada parecía a punto de desplomarse, al fondo, en la planta baja, podían verse todavía varias habitaciones en buen estado. En una de ellas, había un camastro, un par de sillas y una pequeña mesa con un incongruente candelabro; también había una palangana, que ella misma llenaba todas las noches en un grifo que había en el portal y que, milagrosamente, funcionaba.

Desde el hueco de lo que un día fue ventana, podía verse un patio lleno de escombros y, mirando hacia arriba, con un poco de esfuerzo, un fragmento del cielo de Madrid, ese mismo cielo con el que ella había soñado tantas veces, cuando vivía en el pueblo, y del que ahora no podía esperarse nada bueno. Lo cierto es que no se encontraba del todo mal allí. Por no sabía qué extraña superstición, creía que una casa que ya había sido castigada por las bombas no volvería a ser bombardeada. Por otra parte, quién iba a querer registrarla o refugiarse en ella.

Recordaba perfectamente la primera vez que la utilizó. Se había encontrado en la calle con uno de sus clientes más antiguos, a quien su mujer había abandonado al comienzo de la guerra. Éste le preguntó si seguía trabajando y ella le explicó que lo había dejado temporalmente, para cuidar a su madre. Fue él quien le propuso hacerlo en una casa derruida, pues no tenía dinero para una pensión, y a su domicilio no podían ir a causa de los niños. El edificio estaba cerca de la zona en la que ella solía trabajar y no muy lejos de su propia casa.

– Ven, entra, no tengas miedo. Estas paredes llevan ya mucho tiempo así, y no van a caerse precisamente ahora.

A Emilia, aquello le parecía una especie de profanación, como hacerlo en un cementerio o en una iglesia. Aunque no creía en los fantasmas, tenía la sensación de que, en cualquier momento, podrían presentarse los espíritus de los antiguos moradores, dispuestos a vengarse por haber invadido su casa. Pero ya era demasiado tarde para echarse atrás. Tardaron un buen rato en adecuar la habitación. Parecían una pareja de recién casados montando su primer nido amoroso. Él la trató con mucha delicadeza y consideración, tal vez porque sabía que no podría pagarle, al menos no con dinero. Cuando, días después, le llevó un paquete con comida, Emilia le rogó que lo guardara para sus hijos.

– Lo único que te pido –añadió– es que me consigas más clientes y les digas dónde pueden encontrarme.

– Es decir, que sea tu chulo.

– De ninguna manera –se ofendió ella–. Tan sólo te propongo un intercambio de favores, dadas las circunstancias.